

IV.

Un alma tan grande bajo todos aspectos, tan pura, tan perfectamente armonizada en sus potencias y facultades; un alma cuya inteligencia se cierne en las regiones del genio para ver de hito en hito la verdad sin deslumbrarse; cuya memoria almacena ordenada y distintamente toda clase de conocimientos para utilizarlos con acierto; cuya energía de voluntad, inflexible en el fondo, suave en el modo, arrolla, vence los obstáculos y consigue lo que quiere; un alma en que tan envidiables dotes se complementan y perfeccionan con el amor de Dios y el celo por la santa causa de la Iglesia, de la patria y de la humanidad, no puede menos de excitar profunda admiración y simpatía, vehementes deseos de aprovecharse de sus escritos y de imitar sus ejemplos.

HE DICHO.

## Canto Secular

escrito y declamado por el Sr. Presb. D. Ponciano Pérez, en la velada literaria que tuvo lugar en la ciudad de León, el 28 de Agosto de 1910, para honrar la memoria del Sr. Dr. D. Jaime Balmes, Presbítero.

Aliento del Señor en frágil barro,  
Rayo de luz que en las tinieblas brilla,  
Antorcha de los mundos es el genio.  
Cuando levanta el vuelo  
A la región vastísima del cielo,  
El rápido cometa no lo alcanza;  
La curva que describe es infinita;  
De que vuelva otra vez no hay esperanza.  
No volverá jamás, pero sus huellas,  
Sus huellas luminosas se condensan  
En reguero de estrellas:  
Son la vía láctea, la brillante zona  
Con que el genio inmortal en su carrera  
A la celeste bóveda corona.

Dejadle caminar en el espacio  
Sin trabas ni ataduras;  
El detener su vuelo es imposible,  
Fijarle derroteros es en vano:  
Pues libre y soberano,  
De todas las criaturas  
En su marcha veloz se enseñoera,  
Y en la cumbre de todas centellea.

Dejadle caminar: no hay fuerza humana,  
No hay Josué que detenga ese gigante,  
Ese sol misterioso de la idea  
Cuya ley es marchar siempre adelante:  
Que si un arcángel en la mano lleva  
El sol que nos alumbra y nos da vida,  
Esa llama del genio que se eleva,  
Por la mano de Dios es conducida.

Cuando pase cual raudo torbellino  
En su carro de fuego centellante,  
Glorioso persiguiendo su destino,  
Decidle nada más: un solo instante  
No te olvides de Dios, alma sublime,

No eres chispa nomás, eres centella  
De aquella luz que iluminara el mundo:  
De tu amante Criador imagen bella;  
Aliento del Espiritu fecundo  
Que en las ondas flotaba  
Dando el sér y la vida á cuanto existe;  
Eres calor y fuerza que dimana  
De aquella omnipotencia soberana.

Tal es del genio el prodigioso origen;  
Es grande su destino y poderío:  
El genio es Alejandro  
El vencedor temible de Darío,  
El gran conquistador que al mundo aterra,  
A cuya vista enmudeció la tierra.  
El genio es César que á Pompeyo vence,  
El genio es César que á Pompeyo llora;  
Que llega, mira y triunfa allá en el Ponto,  
Y Roma fué del mundo la señora.  
El genio es Carlo-Magno,  
Honrador de las armas y las letras,  
Y que á Minerva desposó con Marte:  
El genio es Bonaparte,  
El grande Napoleón, el gran guerrero  
Que á reyes y magnates sostenía  
En la sangrienta punta de su acero.  
Mas estos grandes genios inmortales  
Que han dejado á la historia  
Páginas brillantísimas de gloria,  
Sólo están frente al trono de Minerva,  
Cual Pleya luminosa,  
Presentando sus armas á la diosa.

Para el hijo de Marte  
Es hermoso mirar á las legiones  
En orden de batalla  
Desfilan al fragor de los cañones,  
Y el estruendo escuchar de la metralla;  
Y buscar un laurel para su frente,  
Aunque de sangre humana salpicado,  
Y ver que de la guerra  
Nace la paz en medio de la tierra.

Pero hay genios más puros, más hermosos  
Y de luces más bellas,  
Que levantan sus tronos poderosos  
Más allá de las fúlgidas estrellas.

Las conquistas sagradas  
Del genio de la ciencia  
Son formar en el hombre la conciencia,  
Y darle aspiraciones levantadas:  
Desprenderle del suelo  
Y trasportarle á la región del cielo.  
El prescribe á los hombres sus derechos  
Para que todos vivan como hermanos:  
Y cuando habla por boca de los sabios,  
Le basta sólo desplegar los labios  
Para que se estremezcan los tiranos.  
Aristides, Cuadrato y san Justino,  
Y el célebre Taciano  
Y el grande apologista Tertuliano,  
El asombro del mundo,  
Por su genio y talento tan profundo,  
Son más fuertes que Adriano,  
Que César y Antonino;  
Y la pluma sagrada  
De Orígenes, Ambrosio y Atanasio,  
De Agustín y el filósofo de Aquino,  
Hiere más que la espada  
Por Alejandro, ó César, empuñada.  
¡Qué gloria para el hombre  
Desprenderse de todo lo finito  
Y acercarse siquiera á las fronteras  
Del Infinito, cuyo propio nombre  
No puede pronunciarse, ni está escrito;  
Que sólo siente el alma  
Cuando escucha en silencio la armonía  
De esos mundos de luz, que en el espacio  
Pórtico son de su inmortal palacio;  
Y cuando á solas, y en tranquila calma,  
Avida se remonta hasta la altura  
Para ver su hermosura  
Y su divina Esencia,  
Aunque envuelta en terrena vestidura  
Y casi nada más por transparencia!  
¡Qué gloria para el genio  
Alzarse como el águila atrevida,  
Que casi junto al sol bate sus alas,  
Y mirar con firmeza  
Del único que es grande la grandeza!  
Es grande Guttenberg que el pensamiento  
En figuras de bronce cristaliza,

Y le da solidez y firme asiento,  
Y su luz multiplica y eterniza.  
Y Franklin que sereno  
Con su punta metálica señala  
La marcha del relámpago y el trueno;  
Y Morse que trasmite  
En alas del relámpago la idea,  
Y Wat, y Fulton, Montglofier y tantos  
Genios que tienen asombrado el mundo  
Con sus inventos y saber profundo.  
Es muy grande el talento que á porfía  
Domina como Dios los elementos,  
Y puede ya cruzar la mar bravía  
Sin temor al empuje de los vientos;  
Y en las ondas fluctuantes  
Puede fundar ciudades navegantes;  
Y con cierto donaire  
Puede decirse ya que lo imposible  
No se expresa diciendo que es risible  
Formar vanos castillos en el aire.  
Dejando atrás el águila altanera  
El genio extiende ya su poderío,  
Y mueve entre las nubes  
Su carroza ligera  
Y se cierne tranquilo en el vacío.  
Pero existen sublimes pensadores  
Que sin vapor ni máquina se elevan,  
Y que en sus frentes apacibles llevan  
De la luz los primeros resplandores.  
Los filósofos son, que los principios  
Mas altos de la ciencia nos pregonan;  
Que humildes en su estancia no blasonan  
De sabios, ni de ilustres inventores;  
Que mientras unos vuelan á la altura,  
Al cometa siguiendo en su carrera,  
Mediante el gran poder del telescopio,  
Y otros están en la región oscura  
De la tierra buscando sus secretos,  
Por medio del reactivo y microscopio,  
Estos, en dulce calma,  
La grandeza del hombre sólo miran  
Allá dentro del alma.  
El hombre es un abismo,  
Y de las ciencias en que tanto avanza  
Ninguna luz á iluminarle alcanza

Si no tiene presente el aforismo  
Que le dice: conócete á tí mismo,  
Que la ciencia pagana  
Le dió de acuerdo con la fe cristiana,  
¿De qué le sirve al hombre, dice Cristo,  
Ganar el mundo entero  
Si sufre detrimento  
Su alma, su corazón y entendimiento:  
Si el más rico tesoro  
Está sólo del alma en el decoro;  
Si es más bello del alma el pensamiento  
Que todo el firmamento;  
Si la dicha inefable que buscamos . . . . .  
Adentro de nosotros la llevamos?

Kepler con mano firme describiendo  
Las órbitas celestes de los mundos,  
Y encerrando en sus cálculos profundos  
Las leyes que en sus rutas van siguiendo;  
Y Newton que descubre el equilibrio  
Y concierto sagrado  
De los orbes celestes que se atraen  
Con su razón directa de las masas,  
E inversa del cuadrado  
De la distancia que hayan alcanzado,  
No igualan al sublime Estagirita  
Cuando ve las divinas armonías  
Y concierto feliz del pensamiento  
Encerrados en diez categorías,  
Que son como el decálogo bendito,  
Que el pensamiento humano  
Abierto siempre llevara en la mano  
Para marchar seguro al infinito.

Entre todos los genios que nombramos,  
Descollando en la tierra ó en la altura,  
Resplandece sublime la figura  
De aquél cuya memoria celebramos.  
¿Quién no recuerda siempre con cariño  
De Jaime Balmes el ilustre nombre,  
Del popular filósofo profundo,  
Que de un niño pequeño forma un hombre  
Y de un hombre provento forma un niño?  
Su espíritu fecundo  
La inteligencia joven esclarece,  
La varonil ensancha y robustece.

Humilde catequista,  
Sacerdote modelo,  
Para Jesús á la niñes conquista  
Señalándole el cielo,  
Y antes que la impiedad en su alma avance,  
“La santa religión muestra á su alcance.”

Filósofo eminente,  
A veces cual Platon alza su frente  
Para mirar á la verdad suprema  
Y soñar en divinos ideales;  
A veces, Aristóteles severo,  
Se inclina hacia la tierra  
Y estudia á los mortales  
Como ellos son, como individuos reales.  
El nada disminuye ni exagera:  
Precisar, definir es su divisa;  
Todo lo estudia, pesa y analiza:  
Pues en la ciencia pura y verdadera  
Es, hablar con hipérboles, quimera.  
Condensar la verdad, y en breve forma  
Presentarla al humano entendimiento,  
Es propio del talento  
Y del genio que brilla en el “Criterio,”  
En donde sin misterio  
La luz inextinguible de la ciencia  
Penetra, como Dios, en la conciencia.  
¡Qué obra tan magna y á la vez pequeña!  
¡Qué sublime también y qué sencilla!  
Es tanto lo que dice y lo que enseña,  
Y en cuadros hermosísimos diseña,  
Que causa maravilla  
Mirar en un espejo  
De tantos caracteres el reflejo.  
Político, escritor y publicista,  
La nave del Estado  
Salvó dos veces con su docta pluma;  
Y nada le amedrenta ni le abrumba  
Cuando ve que se empaña  
El nombre gloriosísimo de España.  
Pero su obra más grande, el monumento  
De su gloria inmortal, el grande abismo  
De luz en que flotó su entendimiento,  
Es “El Protestantismo”  
Que pone en un inmenso paralelo  
Con el Catolicismo.

Aquí vence á Bosuet que ha derrocado  
Al monstruo que se cambia cual Proteo,  
Demostrando que es falsa la reforma  
Porque cambia de dogmas y de forma.  
Pero el egregio Balmes combatiendo  
Al ilustre Guizot su antagonista,  
Le derroca diciendo:  
El grande y expansivo movimiento  
De la razón y libertad humana  
No fué de la reforma la conquista,  
Es la Iglesia romana,  
Y no la luterana,  
Ni tampoco la iglesia calvinista,  
La que quita al esclavo las cadenas;  
Y de su dignidad le dió conciencia  
Sólo la luz de la cristiana ciencia.  
Pero es injuria epilogar encomios  
Tratando de elogiar hombres tan grandes.  
Es un esfuerzo insano:  
¿Cómo pudiera reducir los Andes  
Para que quepan en mi estrecha mano?  
Ante el genio potente  
Sólo debemos inclinar la frente,  
Y escuchar extasiados  
Los cantos de victoria,  
Que entona á los laureados,  
La amiga de los grandes que es la historia.

